



María y la contemplación¹

Fray Vicente Botella Cubells, O.P.

María es «madre y figura» de la Iglesia y, en este sentido, modelo para todo cristiano. En María hallamos una referencia paradigmática del significado exacto del caminar tras las huellas de Jesucristo. Podríamos expresarlo de la siguiente manera: si alguien está interesado en conocer cuál es la meta a la que conduce el seguimiento de Jesucristo fíjese en María y encontrará la respuesta. El mismo evangelio y, en él Jesús, así lo están indicando. Lo atestigua, por ejemplo, el evangelio de Juan, cuando nos narra que Jesús, en la cruz y poco antes de morir, une de forma inseparable el destino de su madre al de la comunidad representada en el discípulo amado. En ese instante supremo, el Nazareno exclama: "Mujer ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre" (Jn 19,26 y 27). Y justamente, eso es lo que tenemos en María: una Madre en quien mantener concentrada nuestra atención y, por tanto, en la que reflejarnos. Reflexionemos sobre su experiencia contemplativa, a la que llama a todos los seguidores de su Hijo.

Contemplar significa mirar detenidamente, observar con atención. En la espiritualidad, muchas veces, se ha presentado la contemplación como una forma superior de conocimiento por la fe. Eso sí, con el matiz de que no se trataba únicamente de un conocimiento teórico sino connatural y, por tanto, elaborado desde el amor y a partir de la identificación vital con Dios. Además, se nos ha enseñado que la contemplación tiene su cauce y expresión fundamental en la oración. Esta presentación de las cosas, que es correcta, suele dejar en muchos cristianos una sensación de extrañeza. Queremos decir que, en la mentalidad de la mayor parte de los creyentes, la contemplación, esa sabiduría superior, aparece como ajena y reservada para una serie de personas "elegidas". Como consecuencia, se percibe como una realidad lejana a la experiencia del común de los cristianos. De este modo, el contemplativo o la contemplativa se vislumbra, incluso en el seno de la Iglesia, como una especie rara que, a lo sumo, hay que proteger y conservar para que no termine de desaparecer. Resultado: la experiencia contemplativa no es cultivada porque es una gran desconocida.

Sin embargo, las cosas no son así. El contemplar o la contemplación forman parte esencial de la vida del creyente que avanza en su camino de fe. Por consiguiente, no puede ser una experiencia extraña o desconocida. Quizás los cristianos nos dejamos guiar con frecuencia por los estereotipos y nos cuesta romper con los moldes prefabricados. ¡Claro que la contemplación implica un grado de conocimiento en relación con las cosas de Dios! Pero este grado no se adquiere en las escuelas. Es un tipo de conocimiento que brota de la intimidad, de la cercanía y del contacto con Dios. La contemplación, en este sentido, es, sobre todo, un talante, una actitud genérica ante la vida, una forma de entender la existencia desde Dios. Para comprender lo que queremos decir debiéramos retomar la definición más sencilla de contemplación: la que aporta el diccionario. Contemplar implica mirar con atención, con detención.

Trasladadas las cosas a nuestro terreno, el contemplativo es el que mira con atención y con detención la realidad que le rodea. Esa detención y atención en "la mirada", claro, brota del contacto con Dios "que no se fija en las apariencias sino en el corazón" (1Sa 16,7). El contemplativo, pues, intenta mirar las cosas tal y como Dios las ve. Como el enamorado ve "por los ojos" de la amada, el contemplativo lo observa todo desde la óptica de Dios. Ajustarse a la mirada divina es la fuente de la contemplación. Ahora bien, ¿cómo ajustarse a esta mirada? Para el cristiano la respuesta es rotunda: siguiendo a Jesucristo.

Y en efecto, la mirada de Dios más comprensible por parte de los hombres es la que ha manifestado en su Hijo. Una mirada divina pero, al mismo tiempo, humana y, por eso, a nuestro alcance. Por medio del seguimiento de Cristo el cristiano no hace más que ir ajustándose progresivamente a esa mirada de Dios. Es decir, el discípulo va haciendo que los planes de Dios, su proyecto (el Reino) formen parte, cada vez con mayor intensidad, de las propias preocupaciones, de la propia existencia. Se trata, pues, de un proceso de identificación con Dios por medio de Jesucristo y en el Espíritu, hasta tal punto, que, como Pablo, se pueda llegar a exclamar: "y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20). Resumiendo, la contemplación hace que el contemplativo se asemeje cada vez más a Cristo. El contemplativo, así, accede al conocimiento de Dios a través de esta configuración crística que, repetimos, es más actitudinal que teórica.

Pero, una vez más, nacen las preguntas: y ¿esto cómo se consigue? ¿Existe alguna metodología oportuna? A esta altura del discurso sobre la contemplación es cuando el recurso a María resulta pertinente. Ella es Madre y modelo para todo cristiano, también en materia contemplativa. Si queremos hallar una realización perfecta de la actitud contemplativa hemos de fijarnos en ella.

Hemos indicado que en la contemplación se trata de identificarse con el punto de vista de Dios; de ver las cosas como Él las ve (Cristo). Pues bien, María es la llena de gracia porque se abre al plan, al proyecto, a la voluntad de Dios, a su Palabra. Y se abre hasta el punto de que deja que esa voluntad-palabra de Dios sea la suya también. María se identifica tanto con la mirada de Dios, que esa mirada de Dios va gestándose y haciéndose vida humana en su propia vida. Y, por eso, Jesús crece en su interior y se va humanizando.

Su experiencia contemplativa es un paradigma para toda la Iglesia y para cada cristiano. El seguimiento de Cristo tiene como meta el hacer de su seguidor otro Cristo. La actitud contemplativa es la que se haya implicada en este proceso. María es la seguidora de Jesús que ha conseguido el máximo desarrollo tanto de la identificación con Cristo como de la experiencia contemplativa. ¿Y cuáles son los medios para profundizar en esta actitud contemplativa? María, de nuevo, viene en nuestro auxilio. El primero, la escucha y el cumplimiento de la Palabra: "hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Escucha y cumplimiento de la Palabra acompañadas, en segundo lugar, de su meditación en el silencio: "guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2,19); y de la oración asidua: "todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús" (Hch 1,14).

Estos datos de la vida de María son la mejor pedagogía para avanzar en la escuela de la contemplación, es decir, en el propio seguimiento de Cristo. Por esta razón, no cabe hacer de la experiencia contemplativa un patrimonio reservado para unos cuantos. Muy al contrario, pertenece a todos los que responden positivamente a la llamada de Jesús. Todo cristiano es un contemplativo. Toda la Iglesia es contemplativa. Otra cosa será que, luego, existan personas que carismáticamente quieran profundizar esa dimensión y, por ello, estén volcadas en exclusiva a la contemplación. Pero, como María recuerda, sin contemplación no hay experiencia cristiana.

Queda un último aspecto a considerar en nuestra reflexión. Si la contemplación aporta un conocimiento (no sólo teórico) de Dios, el producto final de esa contemplación ha de ser, de alguna forma, comunicado. Si María, identificándose con la palabra de Dios le ha dado carne, no ha sido para retenerla de manera egoísta, sino para alumbrarla en la historia y en el mundo. Jesús, al que se une su madre, es para todos; y, por ello, María lo entrega a los hombres. Igualmente, todo cristiano, que es también un contemplativo, no debe guardar celosamente su progreso en la identificación con Jesús. Al contrario debe transmitir, dar a conocer, predicar, evangelizar, transparentar, testimoniar a Jesús como hizo María. Este aspecto, estrechamente unido al primero, conforma el doble de una espiritualidad cristiana madura, de la que María es modelo preclaro. ¡No lo olvidemos nunca!